ABANDONADO

¿Por qué me llamaron tanto la atención sus ojos? Aquellos ojos negros, profundos, en los cuales se leía un poema prematuro de dolor; aquellos sus ojos tristes y sombríos que contrastaban raramente con la palidez de su rostro macilento y del fondo de los cuales el alma parecía lanzar una queja de tristísimo abandono; sentí insólita impresión cuando esos ojos, que más parecían ojos de anciano que de niño, me miraron implorando una limosna. Diome las gracias con una voz áspera que respiraba vencimiento y rebeldía, y se alejó, baja la cabeza, y rebosante de dolores su alma juvenil.

Días después sacié mi curiosidad insatisfecha: supe que no tenía padres; que era, como muchos otros, hijo del arroyo; que habitaba en casa de un individuo el cual le daba albergue y comida como pago a la ayuda que en su trabajo le prestaba el infeliz niño; también supe por una vecina que el pobre muchacho era castigado rudamente por la menor cosa, debido al carácter salvaje de su amo que casi siempre llegaba borracho a casa.

¡Cuántos niños como este tienen la desgracia de envejecer sin haber tenido la dicha de ser tratados y de vivir como son tratados y viven casi todos los niños! Muchos son los que sólo nacen para sufrir y viven y mueren en el abandono más desconsolador. ¿Quién se ocupa de ellos? Nadie. Nadie piensa que estos pobres seres tienen alma, sentimientos y ansias de chiquillos.

¿Por qué, para ver si acaso se apiada un poco la sociedad por la suerte de estos chiquillos, en lugar de hacer una procesión de la Salud, en la cual sólo exponen la fuerza y la felicidad de niños que viven rodeados de toda clase de comodidades, no se hace UNA PROCESIÓN DE LA MISERIA?

UNA VIDA

Llovía. El agua caía con insistencia desesperante sobre las techumbres de las casas. El cielo, hecho gris por las nubes quietas, semejaba la bóveda de una inmensa cripta funeraria.

La tarde diríase el ocaso tristísimo de una vida toda lágrimas y dolor. Y es que muchas veces la naturaleza pareciera ser el reflejo de las angustias humanas.

Por la acera de una de las calles de los suburbios, caminaba con paso rápido una mujer, indiferente en absoluto a la inclemencia del tiempo.

Era bella, muy bella, con esa belleza fatal en las hijas de la miseria que las condena de antemano a ser flores de un prostíbulo ¡Tristes flores que el vicio marchita! ¡Pobres florecillas que la sociedad arroja a un inmundo cenagal para que sirvan de pasto a los cerdos! ¡Cómo es fatal la belleza en las hijas del pueblo! Esa belleza que hace felices a las que no padecen hambre, es en las otras un enorme peso que las hunde en el pantano mefítico de la vida.

La calle fangosa y maloliente de aquel apartado barrio, parecía interminable. La joven se detuvo ante una de aquellas miserables covachas denominadas pomposamente por su dueño con el nombre de casas y empujando la puerta entró en ella.

Elena, murmuró una voz enfermiza que partía de un rincón de la húmeda y oscura estancia ¿por qué has tardado tanto?

Y Elena, procurando ocultar su inmensa turbación, dijo acariciando la cabeza calenturienta de la enferma.

—No te acongojes, mamá, tuve que ir a hacer un encargo del patrón. Pero dime: ¿dónde está Eduardo?

—Tu pobre hermano anda en busca de dinero, pues no tenemos ni para comprar una sola vela, y mañana hay que pagar el alquiler de la casa.

—Mira mamá, yo he conseguido prestado un poco de dinero. Lo dejo sobre la mesa y me voy a acostar, pues me siento un poco enferma.

Dijo, y besando a su madre, se retiró a su dormitorio.

*
* *

Horas después, regresó Eduardo, triste y cabizbajo. Su madre procuró consolarle, diciéndole que Elena había conseguido dinero. Al oír esto él, se levantó rápidamente de su asiento y se fue al cuarto de su hermana, con una duda terrible. Abrió la puerta, y retrocedió, cubierto el rostro de mortal palidez.

Sobre la cama, Elena estaba acostada, bella, con esa belleza fría y pálida de los muertos. En el suelo, un vaso contenía todavía restos de un líquido rosado, y una vela iluminaba con su luz mortecina la escena.

Un grito desgarrador sacó a Eduardo de tal abstracción: su madre se había deslizado del lecho y había adivinado lo ocurrido. La pobre anciana cayó a los pies de su hijo, como herida por el rayo. Y éste, sin verter una lágrima, ni lanzar un quejido, tal era la fuerza de su dolor, depositó el cadáver de su madre al lado del de su hermana.

¡Muertas, muertas las dos! ¡Pobre hermana mía, que has vendido tu cuerpo por salvarnos, yo te vengaré! Duerme tranquila oh madre mía, que sólo dolor has conocido; duerme, y perdona a tu hijo lo que va a hacer.

Besó la frente de ambas mujeres, y salió de la casa, ocultando en las sombras la angustia infinita que le consumía.

*
* *

Pocos días después, un hombre se sentaba en el banquillo de los acusados, dispuesto a que la justicia social lo condenara, por el crimen cometido. Era Eduardo

?

Venid lector. Quiero en esta hermosa mañana de verano, llevaros a un lugar de la ciudad a observar un aspecto de la vida. Lo escogeremos al ocaso.

Estamos frente al Parque Central. Entremos. ¿Véis qué espléndido? ¿Véis que suavemente ilumina ese sol que comienza a levantarse, las copas de los árboles? ¿Véis que hermoso ese arbolito de aromo todo cubierto de redondas florecillas? ¿Y los caprichosos enzacatados? ¡qué verdes y que brillantes!

Ved ahora aquel lado ¿Observáis una turba de niños que juegan alegres? ¡Oh! ¡Qué hermoso es ver jugar a los niños; verlos reír; verlos respirar en estas tibias mañanas de sol, para todos los poros de sus cuerpecillos, la única alegría que es verdadera en este mundo!

Pasa a la página cuatro

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.